

I

Arthur, maestro en el arte de las reuniones, conducía a los presentes hacia un acuerdo concluyente.

—¿Coincidimos todos en que éste es un proyecto absurdo, de locos, y en que, además de que podría resultar incalculablemente costoso, viola todas las reglas de la prudencia financiera? Cada uno a su manera, todos hemos manifestado que lo rechazaría cualquiera en su sano juicio. Teniendo en cuenta los principios que rigen la Fundación Cornish, ¿puede haber mejores argumentos para aceptarlo, junto con la ampliación sobre la que acabamos de hablar, y ponerlo en marcha?

«Verdaderamente tiene instinto musical —pensó Darcourt—, dirige las reuniones como si fueran sinfonías. Anuncia el tema, lo desarrolla en tonos mayores y menores, tira de él, lo provoca, lo persigue por vericuetos oscuros y por último, cuando empezamos a cansarnos, nos enardece para atacar un *finale* animado y, con un estrépito de acordes, nos encarrila a la votación.»

Siempre hay alguien que no soporta los finales. Hollier quería más debate.

—Y aunque, por una remota casualidad, triunfase, ¿de qué serviría? —inquirió.

—No me has entendido —dijo Arthur.

—Hablo así sólo como miembro responsable de la Fundación Cornish.

—A ver, mi querido Clem: te insto a que hables como miembro de una fundación muy peculiar que se ha propuesto unos objetivos fuera de lo común. Te pido que uses la imaginación, ese recurso tan ajeno a las fundaciones, que te arriesgues a apostar por una remota posibilidad de obtener ganancias extraordinarias. No es necesario que te pongas en el lugar de un empresario. Sé lo que eres: un audaz profesor de Historia.

—Supongo que dicho así...

—Así es como lo digo.

—Sin embargo, me parece que mi pregunta sigue siendo pertinente. ¿Por qué hemos de dar al mundo una ópera más? Ya las hay a montones y se siguen escribiendo industriosamente hasta en el último rincón del mundo civilizado.

—Porque la nuestra sería excepcional.

—¿Por qué? ¿Porque el compositor murió sin haberla desarrollado apenas? ¿Porque esa joven Schnak no sé cuántos quiere terminarla como proyecto de doctorado? No le veo la excepcionalidad por ninguna parte.

—Eso es una forma simplista de ver un gran proyecto.

—Eso es omitir el meollo de la cuestión, es olvidarnos de que nuestra propuesta consiste en montar y ofrecer al público una ópera terminada —dijo Geraint Powell, un hombre de teatro con toda una carrera por delante que ya se hacía a la idea de ser él quien pudiese la ópera en escena.

—No perdamos de vista que quienes apoyan a la señorita Schnakenburg la tienen en gran consideración. Dicen que es un genio y genio es, precisamente, lo que buscamos nosotros, ¿no es eso? —dijo Darcourt.

—Sí, pero, ¿nos interesa meternos en el mundo del espectáculo? —replicó Hollier.

—¿Por qué no? —dijo Arthur—. Permitidme que me repita: hemos puesto en marcha la Fundación Cornish con el dinero de un gran entendido que aceptaba riesgos de toda índole; tenemos que decidir la

clase de fundación que debe ser y ya lo hemos hecho. Es una fundación para la promoción de las artes y los estudios académicos y el proyecto que nos ocupa cumple ambas condiciones: es artístico y académico. Por otra parte, ¿no hemos acordado que no deseamos ser una fundación más, de las que invierten en proyectos sólidos y seguros y se quedan al margen con la esperanza de obtener buenos resultados? La precaución y la no intervención son la artritis del mecenazgo. ¡Seamos coherentes con nuestras decisiones, aticemos el fuego y hagamos temblar hasta los cimientos del infierno! Ya hemos pagado el debido tributo a la seguridad; la biografía de nuestro fundador y benefactor, de la que se ocupa Simon, aquí presente, es creencial suficiente de nuestra solidez y mediocridad...

—Gracias, Arthur, muchísimas gracias, hombre. Esa valoración de mi trabajo me anima infinitamente más de lo que puedo sopor-tar sin sonrojarme.

Simon Darcourt sabía perfectamente que la empresa biográfica no era tan fácil como Arthur parecía pensar y que, además, hasta el momento presente no había pedido ni se le ofreció un solo peni-que por el trabajo ya hecho. Y es que, como tantos literatos, los sentimientos de agravio no le eran ajenos.

—Lo siento, Simon, pero ya sabes lo que quiero decir.

—Sé lo que crees que quieres decir —replicó Darcourt—, pero puede que el libro llegue a funcionar mejor de lo que te imaginas.

—Eso espero, pero me refería a que puede costarnos unos miles de dólares y, aunque no seamos ni mucho menos la fundación más acaudalada del país, disponemos de un buen dineral y quiero emplearlo en algo espectacular.

—El dinero es tuyo —dijo Hollier, empeinado en ser la voz de la prudencia— y supongo que puedes hacer con él lo que te venga en gana.

—¡No, no, no y mil veces no! El dinero no es mío, es de la fundación y la dirigimos entre todos: Clem, Simon y tú, Geraint... y Maria, naturalmente. Yo sólo soy el presidente, el primero entre iguales, porque tiene que haberlo. ¿No voy a poder convencerlos? ¿De verdad preferís la seguridad y la mediocridad? ¿Quién está a favor de la seguridad y la mediocridad? Votemos a mano alzada.

No hubo votos a favor, pero Hollier se quedó con la sensación de haber sido total e injustamente arrinconado a base de pura retórica. A Geraint Powell no le gustaban las reuniones y tenía muchas ganas de terminar. Darcourt se sentía desairado. Maria sabía muy bien que Hollier tenía razón, que en realidad el dinero era de Arthur, a pesar de los artificios legales. Sabía de sobra que suyo no era, aunque pudiera suponerse que, por ser la mujer de Arthur, gozaría de mayor influencia que los demás. Se habían casado hacía poco y lo amaba tiernamente, pero no ignoraba que cuando Arthur quería una cosa, pasaba por encima de quien fuese necesario y lo que deseaba con mayor vehemencia era convertirse en un mecenas imaginativo, audaz y jactancioso. «Llega a imponerse tanto como me imagino que lo haría el rey Arturo cuando se empeñaba en convencer a los caballeros de la Mesa Redonda de que él sólo era el primero entre iguales», pensó.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —dijo Arthur—. Simon, ¿podrías redactar una resolución, por favor? Un borrador, nada más; ya lo puliremos después. ¿Estáis todos servidos de bebida? ¿Nadie come nada? Tomad lo que queráis del cuerno de la abundancia.

El cuerno de la abundancia era una broma y, como suele suceder con las bromas, empezaba a sonar un poco manida. Se trataba de una entremesera situada en el centro de la mesa redonda a la que se hallaban sentados. De un vistoso pedestal central salían varios brazos curvos rematados en un platillo lleno de frutos secos y golosinas dulces. A Maria le parecía espantosa, pero injustamente, porque el objeto era bonito entre los de su especie. Se lo habían regalado Darcourt y Hollier el día de su boda, pero lo aborrecía porque sabía que les había costado mucho más de lo que, en su opinión, podían permitirse sus amigos; también porque le parecía que representaba muchas de las cosas que le disgustaban de su matrimonio: lujo innecesario, presunción de superioridad basada en la riqueza y una especie de inutilidad grandiosa. Su deseo más vehemente, después de hacer feliz a Arthur, era ganarse un nombre en el mundo académico, pero la riqueza y la dedica-

ción a los estudios seguían pareciéndole irreconciliables. Sin embargo, era la mujer de Arthur y, en vista de que nadie tocaba las chucherías de la entremesera, cogió unas almendras por salvar las apariencias.

Mientras Darcourt redactaba el acta, los directores charlaban, aunque no del todo amistosamente. Arthur estaba un poco congestionado y Maria se fijó en que hablaba muy deprisa. No podía ser porque hubiera bebido mucho, pues nunca lo hacía. Lo había visto coger un bombón del cuerno de la abundancia, pero debía de tener mal sabor, porque lo escupió en el pañuelo.

—A ver qué tal así —dijo Darcourt—: «Se resuelve aceptar la solicitud presentada conjuntamente por el Departamento de Doctorado de la Facultad de Música y la señorita Hulda Schnakenburg en relación con la financiación del proyecto de esta última, consistente en desarrollar y completar las notas manuscritas de una ópera inacabada de Ernst Theodor Amadeus Hoffmann, a quien sorprendió la muerte en 1822, las cuales obran en poder de la biblioteca de la facultad (como parte del legado de manuscritos musicales del difunto Francis Cornish); proyecto que se llevará a cabo de acuerdo con las convenciones operísticas de la época y con su correspondiente orquestación, en concepto de ejercicio musicológico y como parte de los requisitos para la obtención, por parte de la señorita Schnakenburg, del título de doctora en Música. En caso de que los resultados sean satisfactorios, se resuelve asimismo montar la ópera y presentarla en público con el título previsto por Hoffmann: *Arturo de Britania*. Este último apartado del acta no ha sido comunicado todavía a la Facultad de Música, como tampoco a la señorita Schnakenburg».

—Será una bonita sorpresa para ellos —dijo Arthur.

Tomó un sorbo de su copa y volvió a dejarla en la mesa, como si tuviera mal sabor.

—Una sorpresa sí, eso seguro —dijo Darcourt—, pero no sé si bonita. Por cierto, ¿no os parece que deberíamos hacer constar en la resolución el título completo de la ópera?

—¿Hay algo más que *Arturo de Britania*? —preguntó Geraint.

—Sí. Hoffmann le dio un subtítulo, como era costumbre en la época.

—¡Ah, ya! —dijo Geraint—, *Arturo de Britania* o... algo más. ¿Y qué es?

—*Arturo de Britania* o *El cornudo magnánimo* —dijo Darcourt.

—¿En serio? —dijo Arthur. Parecía muy molesto con su mal sabor de boca—. Bueno, no nos hace ninguna falta poner el título completo, si no es necesario.

Volvió a escupir en el pañuelo tan discretamente como pudo, aunque podía haberse ahorrado la molestia, porque, al oír el título completo, todos dejaron de mirarlo a él.

Los otros tres directores de la fundación miraban a Maria.

2

Al día siguiente, una llamada telefónica de Maria interrumpió a Simon Darcourt cuando acababa de iniciar la jornada laboral; Arthur estaba en el hospital con paperas, parotiditis, en jerga médica. Los médicos no habían dicho a Maria una cosa que sabía Darcourt: las paperas, en el varón adulto, no son una minucia, porque producen una dolorosa inflamación de los testículos que puede acarrear consecuencias irreversibles. Arthur estaría unas semanas de baja, pero le había dicho —entre dientes por la inflamación de las mandíbulas— que quería que la fundación continuase trabajando con la mayor premura y que Darcourt y ella se ocuparan de que así fuera.

¡Típico de él! Tenía, y en su máxima expresión, la habilidad, propia de los mejores hombres de negocios, de delegar responsabilidades sin renunciar proporcionalmente al poder. Darcourt lo conocía desde la muerte de su amigo Francis Cornish, porque, en sus últimas voluntades, éste lo había nombrado uno de sus tres albaceas, todos bajo la autoridad suprema de su sobrino, Arthur Cornish, quien desde el primer momento había dado sobrada muestra de sus innatas dotes de mando. Como tantos líderes natos, a veces

era brusco, porque jamás pensaba en los sentimientos ajenos, pero no era una cuestión personal. Presidía el consejo de la inmensa empresa financiera Cornish y en los más altos círculos financieros gozaba de admiración y respeto. Sin embargo, además de sus actividades laborales, era mucho más culto de lo habitual entre banqueros: lo era de verdad, no es que se limitara a adoptar una actitud benévola para con las artes como simple obligación de empresario.

Prueba de sus intenciones era la rapidez con que, gracias a la enorme fortuna de su tío Frank, había creado la Fundación Cornish. Deseaba ser un gran mecenas por pura sed de aventura y diversión. La fundación era suya, sin ningún género de duda. Había nombrado un consejo administrativo por salvar las apariencias, pero, ¿a quién había invitado a formararlo? A Clement Hollier, porque Maria había sido alumna suya y le profesaba un cariño especial. ¿Y qué papel adoptaba él ahora? El de gran objeto, el que ponía los peros a todo, cuya eminencia en el académico terreno de la historia medieval no mitigaba en absoluto la desalentadora insuficiencia de la que, como ser humano, adolecía. A Geraint Powell, elegido por el propio Arthur no sólo por su prometedora carrera teatral y la exuberancia y el encanto propios de su gremio, sino también porque, con característica superficialidad galesa, respaldaba sus más extravagantes ideas. A Maria, su mujer, que tan cara era a Darcourt, que la había amado y seguía amando tanto más conmovedoramente, quizá, por cuanto que ya no corría el menor peligro de tener que asumir hasta las últimas consecuencias el papel de enamorado, si bien podía entregarse a su dama con un llevadero desánimo romántico.

Tales eran las consideraciones que Darcourt se hacía de sus colegas de la fundación. ¿Qué opinaba de sí mismo?

Sabía que para el mundo era el reverendo Simon Darcourt, catedrático de Griego y muy respetado, tanto por sus conocimientos, como por su labor docente; era vicerrector de la Facultad de Ploughright, institución universitaria dedicada a los estudios avanzados; algunos lo consideraban un colega sabio y afable, pero Arthur lo llamaba *abbé* Darcourt.